

El Baluarte

Sr. D. Aureliano Albert.
Lagasca núm.
MA



DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 297

Sevilla—Miércoles 30 de Diciembre de 1903

AÑO XXVII

Triple Anís Balbontín (puro vino): 82 pesetas arroba.—Feria 100, Sevilla.—(Se lleva á domicilio).

1903-1904

Salmerón en Alcázar de San Juan ha trazado en brillante síntesis el resumen de la política republicana en 1903 y señalado de un modo admirable lo que será en 1904.

En 1903 se hallaban dispersas, desunidas, desalentadas, las fuerzas republicanas, y solo unos pocos que conservábamos la fe y excitábamos los entusiasmos, alimentando constantemente el fuego sagrado que parecía exhausto, luchábamos á diario secundando la hermosa iniciativa de llegar á la Unión republicana con un jefe, con un caudillo, con un director ó con un dictador que impusiera una disciplina estrecha y que realizara una organización poderosa y fuerte.

Todo se realizó en la mañana memorable del 25 de Marzo del año que fina.

Y se realizó, ¿de qué modo? Superando las esperanzas, rebasando los cálculos con un sentido práctico y con una abnegación y una buena fe admirables; y ahí están, como prueba evidente, llevando la representación del partido republicano en el Parlamento, algunos que, hasta el último momento, y aun después de la magna asamblea, desconfiaban y aun combatían el movimiento que tantos triunfos ha conquistado.

De unión primero, de organización y disciplina después, de consagración del jefe y de dos ruidosos triunfos electorales ha sido la labor admirable de nueve meses de inteligencia común, preparada por la importante propaganda de la prensa, á la que, realmente, con *El Motín* á la cabeza, se debe el verdadero milagro.

Salmerón se ha mostrado con todas las grandezas del estadista, con todos los entusiasmos del patriota, con todos los ardores del político redentor y con un sentido de gobierno tan extraordinario, que todos sus actos han sido éxitos. El pueblo, con su buen instinto, lo presentía, pero el hombre se ha revelado en su difícilísimo cometido, con profunda sorpresa de muchos, muy superior á lo que hasta los más optimistas calculaban.

El año de 1904 se levanta como una esperanza redentora, porque en él debe terminar nuestra peregrinación, realizándose las aspiraciones nacionales y los anhelos del pueblo, capacitado sobradamente para el ejercicio de su voluntad soberana. El año de 1904 cerrará el ciclo de todas las vergüenzas y verá brillar en el horizonte la luz radiante que marque una nueva época de regeneración y progreso, porque en él se ejecutará la decisión suprema de la voluntad nacional.

Saludemos el nuevo año, confundiéndonos en estrecho, íntimo abrazo con el pueblo, encarnación de la patria y el ejército, garantía de su libertad y de su independencia.

A. A.

Murmuraciones

El futuro alcalde de Sevilla impetra de todos sus compañeros en el municipio le otorguen su mayor confianza para poder desenvolverse y que no se pierda el tiempo en disquisiciones inútiles.

No dudamos de la buena fe del que entra; pero, como eso mismo dijo el que sale con fango hasta los tobillos, no hay que fiarse de las buenas palabras.

El señor Molero no es un alcalde que se da el pueblo de Sevilla, sino un alcalde que impone el caciquismo sevillano.

Y como no es de creer que el caciquismo acapare para sí los primeros puestos de la ciudad por darle gusto á Sevilla, si-

no para su provecho particular, estimamos que obras son amores y no buenas razones.

Si va con buenas intenciones, y es cierto que no desea otra cosa sino el bien de la ciudad, ¿por qué ese afán de llegar á una componenda antes de ocupar el sillón presidencial?

Que se reuna el Ayuntamiento en su día, y que nombre á aquellas personas que tenga á bien.

Y puesto que á todos les concedemos los más nobles deseos y el más probado desinterés, ¿qué miedo hay á que Fulano ó Zutano ocupe la primera ó segunda tenencia de alcaldía?

Si son verdad los buenos propósitos, ¿á qué ponerse el parche antes de que salga el grano?

Por otra parte, los hombres del partido conservador que mañana salen por la puerta de la alcaldía, dejan una memoria infausta dentro de la administración de los intereses de la ciudad.

Alcalde como ese señor Checa, quien ya debería estar entregado á los Tribunales de Justicia, no lo hemos tenido nunca.

Habrán cometido errores y torpezas, pero jamás se han descubierto durante su gestión los escandalosos abusos de que habla toda Sevilla!

No son, por consiguiente, los conservadores, en ridícula minoría en el presente Concejo, los llamados á pedir benevolencia y buena voluntad, porque son de la misma familia de los que se marchan llevando encima la execración de todos los ciudadanos independientes, que los han visto vulnerar la Ley con plena conciencia de ello, faltar á todo principio de equidad por satisfacer venganzas de camarillas, y últimamente combatir la supresión de la onerosa tarifa tercera de Consumos, que explotaba al pueblo en lo que le es más caro, en su subsistencia, para beneficiar á una Empresa poderosa en la que tienen impuestos sus intereses los caciques sus amos.

Benevolencia, sí, pero... ¡no los perdáis de vista, liberales y republicanos!

No son ellos los que mandan, sino el caciquismo el que les ordena hacer.

Y el caciquismo no va más que por su provecho.

Por eso manda á esos sitios á sus servidores:

Ya me causa lástima mi querido colega *El Liberal* dando explicaciones diarias á los neos por haber insertado en sus columnas un artículo de uno de sus colaboradores más inteligentes, quien profesa ideas particularísimas en religión.

No se agache usted tanto, compañero, que ni diez ni veinte suscripciones le salvarán de la ruina, si ésta llega.

—Es que entonces—dirá el administrador, verdadero director hoy de los periódicos de empresa—no van á traernos las mortuorias y bajarán los ingresos.

Equivocados estáis.

Eso no se publica por creencia más ó menos arraigada, sino por vanidad.

Mientras salgáis á la calle y tengáis público, poco ó mucho, que compre vuestro periódico, os las llevarán.

Y entonces, se tiene una poca de vista, y á esa gente se le lleva más caro.

Para que paguen por vanidosos lo que dejaron de pagar por necios.

Ni un telegrama ha venido de la Corte ó de Madrid.

No sabemos, por lo tanto, lo que pasa por allí.

El alcalde de Jaén se llama D. José Fiesta.

No se podrán quejar los jaeneses. Están de Fiesta desde primero de año.

Rafael Ginard de la Rosa, viejo y buen periodista, nos da hoy el siguiente consejo:

—Estimo que es un deber en los periodistas españoles el extirpar enérgicamente todos los brotes del viejo lflrismo guerrero de que hace tres siglos se reía Cervantes, cuando todavía triunfábamos en el mundo y no habíamos recibido las duras lecciones de la adversidad.

No son los pueblos belicosos y fuertes los más afortunados. Suiza permanece incólume, como una isla venturosa, en medio del Océano europeo, viendo en tor-

no, durante largos siglos, cómo surgen y se abisman, navegan prosperas y naufragan las nacionalidades y los imperios.

Debemos desear para nuestra España la neutralidad armada de Suiza.

Estamos conformes.

La neutralidad armada.

Pero bien armada, y no con trocitos de papel y con cañones del año 1860.

Aunque yo creo que á nosotros nos comerán por... la curia.

Es decir, por tramposos.

¡Si la mitad de España es hoy propiedad de los extranjeros!

Acabo de leer que la Comisión de Hacienda de nuestro municipio ha acordado:

—Adquirir la casa del real patrimonio adosada á la muralla del Alcázar en la parte de su entrada por la calle Mañara.

Es digna de elogio esta mejora que la comisión propone y que hace tiempo se imponía.

No señor, no es digna de elogio.

Eso es un despilfarro para adular á la Casa Real, que era la llamada á derribar esa finca, que es una verruga que ha salido, sin duda alguna, al calor del Real Patrimonio.

¿Por qué está allí esa finca?

¿Quién la labró?

¿Quién la autorizó?

¿Cobró algo el Ayuntamiento por el solar?

A los concejales republicanos remitimos lo anterior, que tiene carácter de un verdadero negocio para hermosear una finca del Real Patrimonio que permanece cerrada eternamente, y que, por añadidura, no paga ni contribución al Estado.

¡Ojo, republicanos, que os la van á dar con queso!

Que la compre aquel á quien le estorbe.

Es una fealdad que ofende la vista, pero que ni entorpece el tránsito ni es de pública utilidad.

Hecho que merece consignarse:

—Un mozo de cuerda se encontró hace pocos días en las calles de París un portamonedas, que contenía 600 francos. Enseguida lo entregó á la policía, y antes de pasadas veinticuatro horas pareció el dueño.

Y éste gratificó con veinte céntimos al que le devolvió el dinero.

¡Andal... Para que otra vez no seas tan honrado.

¡Si es imposible!

CARRASQUILLA.

Vox clamanti in deserto

Predicar en desierto, ó, lo que es lo mismo, sermón perdido es reclamar en España que se abandone el trillado camino de la rutina para la resolución de los asuntos sometidos á trámite á las dependencias administrativas del Estado.

Sin embargo, como nuestro deber es acoger las quejas justas que lanza la opinión y elevarlas por nuestro modesto conducto á donde deben ser escuchadas y atendidas, vamos á hacernos eco de un hecho cuyo comentario dejamos á los lectores.

Es el caso que el día primero de Septiembre del año que finaliza salió á pública subasta en esta capital y simultáneamente en la cabeza del partido, una finca del Estado, enclavada en el término de Ecija.

A un vecino de Sevilla se le adjudicó el remate en la subasta celebrada en esta capital, adjudicación que quedó sin efecto porque otro licitador, en la subasta verificada en Ecija, había mejorado las proposiciones, y, por consiguiente, á este último se le consideró como rematante definitivo de la finca subastada.

Pues bien, el licitador de Sevilla ha roto ya dos pares de botas yendo y viniendo á las dependencias oficiales para recoger el depósito provisional que se le exigió para tomar parte en la referida subasta.

Todas las gestiones que durante estos

cuatro meses ha hecho el interesado para recoger su dinero han sido infructuosas, porque en el Negociado en que radica el asunto le dicen que éste está pendiente de resolución en la Dirección general, en Madrid, y en dicho centro no acaban de determinar que sea atendida tan legítima reclamación. Inapreciables ventajas de ese centralismo absorbente que padecemos en España!

El hecho denuncia

acusa un procedimiento que por sí solo interesa particulares de los para los

terceros más perjudicial aún paribuyenerales del Estado, puesto que se rene-

proceder sembrará recelos y descon-

anzas en los licitadores de buena fe, los cuales poco á poco se irán absteniendo de tomar parte en esa clase de operaciones y en todas las que intervenga el Estado.

Bueno es que se llenen todas las formalidades que requiere una contabilidad seria, como debe ser la del Estado, pero es preciso tener en cuenta que con esos interminables procedimientos del expedienteo, superfluo é inútil la más de las veces, y con esa parsimonia árabe que es característica de las dependencias oficiales de España, se irrogan grandes perjuicios á los ciudadanos, que merecen estar mejor atendidos y más rápidamente servidos por aquellos á quienes tan expléndidamente paga.

Supongamos que el interesado de referencia tuviese que marchar definitivamente al extranjero; no le quedaba más remedio que optar por uno de estos dos extremos: ó desistir de su viaje ó abandonar el importe de la fianza prestada.

Que es lo que seguramente se proponen demostrar.

¡Valiente país y valiente paisanaje!

A tinterazos

M. Ferry, diputado socialista italiano, no bien había terminado una campaña enérgica contra algunos políticos de su país, ha entablado una nueva en el *Avanti*, esta vez contra el material de artillería del ejército.

Dice que hay 540 cañones de campaña y 130 de montaña, que, por lo defectuosos, son inútiles, ó al menos casi inútiles.

Añade que es preciso exigir responsabilidades por los abusos habidos, que han originado una pérdida de 20 millones.

A Ferry le cuestan sus anteriores escritos un proceso por difamación, seguido á instancias del almirante Bettolo.

La escena sucedida en la vista de esta causa, ante el tribunal de Roma, fué notable.

M. Orlando, un gran industrial, declaraba.

Vecchini, defensor del almirante Bettolo, le dirigió esta pregunta:

—¿Podría decirme el objeto de la campaña difamatoria de M. Ferry y del *Avanti*?

Estas palabras sacaron de quicio á Ferry y sus abogados, que comenzaron á gritar:

—¡Eso es un insulto! ¡Nosotros exponemos la verdad! ¡Los difamadores sois vosotros!

Los abogados del almirante Bettolo respondieron con una sarta de injurias.

Cuando el tumulto arreciaba, un tintorero que partió del campo de Bettolo dió en la cara al diputado Comandini, defensor de Ferry.

Además de ponérsela como un calamar en su tinta, le saltó un diente.

Ferry, á su vez, le sacó un chichón de un silletazo al abogado Vittori, y ¡aquí te quiero, escopeta! el público toma parte en el convincente debate, y se pierden bofetadas capaces de encenderle el pelo al calvo más pintado.

Uno rompió un banquillo sobre la cabeza de Vecchini.
El presidente trata en vano de restablecer la calma.
La fuerza armada interviene.
Un pelotón de carabineros y de guardias entra al paso en la sala y hace el despejo.
Casi todos los combatientes estaban negros de tinta.
Fué suspendida la audiencia retrasándose dos días.

Una aventura fúnebre

I
Un joven alemán, alto, delgado, de barba rubia, se moría como se mueren los tísicos.
Veíale yo sentarse, bajo las ventanas de las dos de la noche del paseo, del hotel, en la cama inmóvil, contemplando allí preza al Mediterráneo.
A veces cruzaba sus largas piernas, anamamente delgadas que parecían dos pesos, en torno de las cuales flotaba la tela del pantalón, y abría un libro que era siempre el mismo.
La curiosidad me atraía hacia él, y un día me senté a su lado, poniéndome a leer un tomo de poesías de Musset.
Al poco rato me dijo mi vecino:
—¿Sabe usted al alemán?
—No, señor.
—Lo siento. Ya que la casualidad nos ha reunido, le habría prestado a usted este curiosísimo libro que tengo en la mano.
—¿Qué es?
—Un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por el mismo. Todas las márgenes, según usted ve, llenas de observaciones escritas por su puño y letra.
Cogí el libro con respeto y contemplé aquellos caracteres indescifrables para mí, pero que revelaban el pensamiento inmortal del gran filósofo.

II

—¿Conoció personalmente a Schopenhauer?—pregunté al alemán.
—Le traté hasta el día de su muerte.
Y me habló de él y me dió cuenta de la impresión sobrenatural que aquel hombre producía a cuantas personas se le acercaban.
—En los labios de Schopenhauer se dibujaba siempre una sonrisa que me dió miedo hasta después de su muerte—dijo el alemán.
Si quiere usted le contaré una anécdota, casi desconocida, pero en extremo interesante.
—Le oír á usted con muchísimo gusto.
—Pues bien; cuando murió Schopenhauer, sus discípulos resolvimos velarle de dos en dos durante la noche.
El cadáver estaba en una habitación muy sencilla. En la mesa de noche ardían dos cirios.
A la una de la madrugada me tocó el turno con uno de mis amigos.
Salieron de la estancia los dos compañeros a quienes reemplazábamos, y nos sentamos al pie del lecho mortuario.
El rostro no había cambiado. Parecía que los labios del muerto se sonreían y el cadáver iba á abrir los ojos, y moverse y á hablar.
Mi amigo y yo hablábamos del difunto en voz baja, recordando sus palabras, sus fórmulas y aquellas sorprendentes máximas que parecen lumbreras arrojadas por medio de la palabra á las tinieblas de la vida desconocida.
—Me parece que va á hablar—dijo mi compañero.
Y mirábamos con terror el rostro inmóvil y sonriente del cadáver.
A los pocos momentos exclamé yo:
—No sé lo que tengo, pero empiezo á sentirme mal.
Y notamos en seguida que el cadáver apestaba de un modo insoportable.
Entonces mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto contiguo, dejando la puerta abierta y acepté.
Cogí una de las velas de la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos dirigimos á la otra habitación, donde nos sentamos de manera que pudiésemos ver,

desde nuestro sitio, el lecho mortuario.

III

Pero no cesaba nuestra preocupación pareciéndonos que el alma inmortal de este hombre extraordinario vagaba en torno nuestro.
De pronto sentimos un escalofrío que nos heló los huesos. Oímos un ruido procedente de la habitación del muerto.
Dirigimos nuestras miradas hacia el cadáver y vimos—¿señor, lo vimos con nuestros propios ojos—una cosa blanca que corría por el lecho, caía sobre la alfombra y desaparecía debajo de una butaca.
Nos pusimos en pie antes de haber tenido tiempo de pensar en nada, locos de terror resueltos á emprender la fuga.
Estábamos horriblemente pálidos, y nuestros corazones palpitaban con violencia.
—¿Has visto?—dije á mi compañero.
—Sí.
—¿Acaso no estará muerto?
—¡Qué disparate!
—Hay que tomar una resolución.
—Sí, acerquémonos á la cama.
Cogí la vela, entramos y registramos con la vista toda la habitación. Todo estaba tal como lo habíamos dejado. Después me acerqué al lecho y me quedé helado de espanto. ¡Schopenhauer no se sonreía ya! Tenía la boca cerrada y las mejillas profundamente hundidas.
—¡Este hombre no ha muerto!
—Pero el hedor me sofocaba de un modo terrible y me obligaba á retroceder, á pesar de ello. Sin embargo, no podía apartar los ojos del cadáver, aterrado como si me hallara ante una misteriosa aparición.
Mi compañero cogió la otra vela, se inclinó y me tocó el brazo sin decirme una palabra.
Seguí su mirada y ví en el suelo, debajo de una butaca colocada junto al lecho, la dentadura postiza de Schopenhauer abierta como si fuera á morder.
El trabajo de la descomposición, al aflojar las mandíbulas, la había hecho salir de la boca del muerto.
Crea usted que aquella noche supe por experiencia propia lo que es el miedo.
Y como el sol iba acercándose al mar, el pobre tísico se levantó, me dió la mano y se marchó pausadamente.

GUY DE MAUPASSANT.

LA UTOPIA RADICAL

Diez y nueve siglos se han cumplido desde la fecha en que un hombre oscuro, en un oscuro rincón, predicó al mundo la más revolucionaria, la más irrealizable, la más disolvente de las doctrinas conocidas. Los delirios más audaces de la demagogia no son nada en su comparación. No recomendaba Cristo el reparto de la propiedad; condenaba, anatematizaba la riqueza como pecado y maldición. No quería la organización del trabajo; exaltaba la santa, la divina imprevisión que aguarda de Dios el sustento y el vestido por milagro de la gracia, por virtud de la munificencia suprema que sustenta á los pajarillos y viste espléndidamente al lirio del valle. No demandaba la igualdad de todos; invertía los términos de las sociales jerarquías proclamando la aristocracia de los humildes, de los desheredados, de los pobres de cuerpo y espíritu, únicos acreedores á las celestes bienaventuranzas. No proclamaba el amor libre; predicaba y practicaba la abstinencia del amor carnal. Quería que sus discípulos no resistieran á la injusticia y amaran á sus enemigos. Jamás el espíritu humano ha formulado máximas de tamaño radicalísimo. No ya las bases de la sociedad, las condiciones mismas de la vida eran por aquella doctrina contradictorias. ¿Qué es el anarquismo con su modesta pretensión de abolir el Estado frente de aquella revolución gigante que pretendió derogar las leyes de la Naturaleza? A haber prevalecido los dictados de la perfección evangélica, la especie humana se habría extinguido en el místico suicidio de la castidad.
¡Mudanzas singulares de la historia! A la vuelta de diez y ocho siglos los discípulos de aquel sublime agitador, ligados en alianza indisoluble con los poderosos, con los dominadores del mundo, oponían á las reivindicaciones del pueblo el *non possumus* de la fe. Su causa era la de los monopolios, la de los privilegios, la de la

opresión contra la libertad, la de los potentes contra los humildes. En nombre del Evangelio anatematizaban á la democracia. En nombre del redentor combatían la redención. El santuario de Cristo se vió convertido en arca santa de la propiedad burguesa. Los apóstoles del celibato se dijeron defensores, enfrente del matrimonio laico, de la santidad de la familia. Altivos, poderosos, opulentos, todo lo dominaron. Invocando la representación del mártir del Calvario llenaron la tierra de sangre y la cubrieron de ruinas. Todo odio fueron los sectarios del Dios de amor.

¿No hay en este ejemplo memorable harto motivo para abominar por siempre de las utopías que, tras haber agitado convulsivamente á las sociedades, sólo logran encarnar en la vida cuando se niegan á sí mismas? Antes de hacerlo bueno será detenerse á meditar sobre la historia. Desnaturalizada, negada, contradicha en su aplicación, todavía la utopía cristiana ha realizado en el mundo la más honda acaso de todas las revoluciones. Cabe hoy discutir lo que en su influencia haya habido de bien y de mal; no desconocer su inmensa, su indiscutible eficacia. El desarrollo de nuestra civilización no se concibe sin ella. Ella sostiene á la sociedad en la gran crisis de la barbarie medioeval, libra acaso al pensamiento de un total naufragio, informa el derecho, contrasta la violencia, dulcifica las costumbres, modera, alienta, vivifica, consuela. Ella inspira un arte y engendra una filosofía. Ella enriquece al espíritu humano con sentimientos nuevos y produce esta alma moderna tan compleja, tan universal, tan llena de facetas, tan plébrica de contenido, en cuya comparación es el alma de los antiguos sencilla, pobre y monótona como psiquis infantil. Todo por la interna virtualidad de aquel creador sublime, rayo desprendido del cielo de las ideas, que, con menosprecio de toda realidad, llega á ejecutar lo extraordinario proponiéndose lo imposible. Y si á indagar fuéramos cómo aquella utopía, aquel ensueño, aquel delirio, realizó en el tiempo altísima misión histórica, por qué maravillosa virtud lo que no podía ser ha influido tan hondamente en lo que fué, en lo que es, en lo que será, hallaríamos que no han sido los papas, los concilios, los obispos, los sacerdotes, los soberanos, los magnates; que no han sido los dominadores, los perseguidores, los inquisidores, los teólogos, los dogmáticos, los ortodoxos, sino los visionarios, los iluminados, los místicos, los perseguidos, los proscritos, los heréticos los verdaderos autores del milagro. En estas almas descontentas de la realidad es donde ha encontrado eco sincero y sentido el gran anatema evangélico. Entre ellos es donde Cristo redivivo habría reconocido á los suyos. Más que el de los sucesores de San Pedro semeja al de Jesús el acento de Savonarola. ¿Qué habría sido de la ortodoxia sin el acicate de la herejía, en la cual fueron perseguidos tantas veces el espíritu y hasta las doctrinas del Maestro?

Aprendan en este grande ejemplo los idólatras del *status quo* el respeto que merece todo radicalismo generoso. Aprendan que el disgusto de lo presente, el espíritu de rebeldía, no siempre son efecto de índole díscola ni fruto de reprobables pasiones; sino que con frecuencia dimanen de ideales más altos y más alentadas esperanzas. Aprendan que ni aun su propio absurdo é imposibilidad hace en todo caso á la utopía dañosa ó estéril. No yerra el camino de la realidad quien perezosamente se deja arrastrar por ella y marcha en la vida como á remolque de los hechos. Unicamente los exploradores son los que pueden equivocarse el rumbo en esta jornada sin fin de la humanidad hacia lo desconocido que se denomina la historia. ¿Deberemos renegar por ello de la animosa vanguardia de la especie humana en cuyas audaces anticipaciones jamás daría un paso adelante el gran rebaño de Panurg?

El idealismo impulsó, no gobierna. El puede repetir con el más grande y excelso de sus representantes:—Mi reino no es de este mundo. Por una eterna ley de dinámica social el presente es siempre de aquellos que encarnan el término medio entre las fuerzas existentes. Cuando el poder se descentra, yendo á parar á un extremo, no tarda la sociedad en restablecer el equilibrio con la propia necesidad indeclinable con que recobra el cuerpo su centro de gravedad. Soluciones que se hacen aplicables en el momento dejan de ser radicales para verse sustituidas, en concepto de aspiraciones por otras más extremas. Nunca la que fué utopía se hace realidad sin que otra utopía nueva alborée en el horizonte. Así camina la sociedad, como camina el individuo, poniendo siempre los ojos más adelante de donde pone los pies.

¿Hay algo que más altamente pregone la grandeza moral del radicalismo? Su obra no es la de hoy, sino la de mañana. Todo radical es

por esencia un precursor. En esta religión humanitaria, en esta consagración altruista á los destinos de la especie, siembra el individuo lo que no ha de recoger y se esfuerza y sacrifica por lo que no ha de disfrutar, resignado, reflexivo y austeramente al *sic vos non vobis* de las grandes obras colectivas. Es el ministro de la ley de abnegación que dirige la historia humana por modo harto más hondo y eficaz que el móvil del egoísmo, único perceptible para los observadores miopes. Bastan el cálculo y el instinto para hacer vivir á las sociedades; el sacrificio es necesario para hacerlas moverse y andar. Nunca ha habido para los pueblos salvación sin holocausto, ni calvario sin redención.

ALFREDO CALDERON.

El tonto del silbato

Los pinches en la cocina de un conde de... no sé donde, pero un verdadero conde, que pagaba y con propina, guisaban en competencia, al son de los almireces, ciertos platos que otras veces gustaron á su excelencia; y vieron que no sé quién, colándose de rondón, se aproximaba al fogón mirádoles con desdén; y con aire doctoral al contemplar cada plato, tocaba fuerte un silbato gritando después:—¡Muy mal! De tan severo censor comenzó á pensar la gente: Debe ser cosa excelente lo que guise ese señor.— Mas de pronto un repostero dijo reparando en él:—¡Si este chambón es aquel que sacó ahumado el pucher; y cierto día guiso un mirlo, pero de un modo tan torpe, que, muerto y todo, hasta el mirlo le silbó.— Deje usted el pito, hermano, y á la prueba ¡voto á San! que las lecciones se dan con la sartén en la mano.— Al cabo de unos instantes dijo el intruso:—No quiero; yo soy un gran cocinero... de la clase de *silbantes*.— Y se alejó algo corrido murmurando á la sordina:—A silbar á otra cocina: aquí ya me han conocido.— Era el tal un insensato, y con presunción extraña; pero hay muchos en España como el tonto del silbato, que andan *desfaciendo entuerros*, y cuando, por compromiso, se ponen á hacer un guiso, ¡los silban hasta los muertos!

LEOPOLDO CANO.

¿TOS? Jarabe UTO

Últimos telegramas

Ferrándiz llevará á la firma del rey una combinación, con motivo de la supresión en Enero de la subsecretaría y creación de la Dirección de industrias marítimas.

Barcelona.—El Juzgado ha procesado al teniente de la benemérita, señor Morales.

En vista de las seguridades de los ministros de que pagarán los jornales semanalmente, en el mes de Enero es probable que se levante el estado de guerra en Bilbao.

Dicen de León que, por orden del director de Obras públicas, se han suspendido los trabajos de los caminos vecinales.

Con motivo de los perjuicios que produce la medida, témesese que haya manifestaciones.

Han sido nombrados: Inspector general de Sanidad exterior, Alonso Sarrufido, y de Sanidad interior, D. Eloy Berjarano.

Madrid.—Los patronos broncistas se han negado á conceder nueve horas de jornada. Hay huelga.

Toledo.—Un capitán de infantería de Simancas y un arqueólogo conocido han descubierto una puerta monumental en